

## CAPÍTULO 23

### El secreto a voces

Visto desde la perspectiva de la eternidad, la necesidad más crítica de esta hora bien puede ser que la Iglesia sea traída de vuelta de su largo cautiverio babilónico y que el nombre de Dios sea glorificado en ella de nuevo como antaño. Sin embargo, no debemos pensar en la Iglesia como un cuerpo anónimo, una abstracción religiosa mística. Los cristianos somos la Iglesia y todo lo que hacemos es lo que hace la Iglesia. El asunto, por tanto, es personal para cada uno de nosotros. Cualquier paso adelante en la Iglesia debe comenzar por el individuo.

¿Qué podemos hacer los cristianos de a pie para devolver la gloria a los difuntos? ¿Hay algún secreto que podamos aprender? ¿Existe una fórmula para el avivamiento personal que podamos aplicar a la situación actual, a nuestra propia situación? La respuesta a estas preguntas es sí.

Sin embargo, la respuesta puede decepcionar fácilmente a algunas personas, porque es cualquier cosa menos profunda. No traigo ningún criptograma esotérico, ningún código místico que deba ser dolorosamente descifrado. No apelo a ninguna ley oculta del inconsciente, a ningún conocimiento oculto destinado sólo a unos pocos. El secreto está a la vista del caminante. Es simplemente el viejo y siempre nuevo consejo: Conoce a Dios. Para recuperar su poder perdido, la Iglesia debe ver el cielo abierto y tener una visión transformadora de Dios.

Pero el Dios que debemos ver no es el Dios utilitarista que goza de tanta popularidad hoy en día, cuyo principal reclamo de la atención de los hombres es su capacidad para llevarles al éxito en sus diversas empresas y que, por esa razón, está siendo engatusado y halagado por todos los que quieren un favor. El Dios que debemos aprender a conocer es la Majestad en los cielos, Dios Padre Todopoderoso, Hacedor del cielo y de la tierra, el único Dios sabio, nuestro Salvador. Él es el que está sentado sobre el círculo de la tierra, el que extiende los cielos como una cortina y los extiende como una tienda para habitar, el que saca su ejército de estrellas por número y las llama a todas por su nombre por la grandeza de su poder, el que ve las obras del hombre como vanidad, el que no pone su confianza en los príncipes ni pide consejo a los reyes.

El conocimiento de tal Ser no puede obtenerse sólo mediante el estudio. Viene por una sabiduría que el hombre natural no conoce ni puede conocer, porque se discierne espiritualmente. Conocer a Dios es a la vez lo más fácil y lo más difícil del mundo. Es fácil porque el conocimiento no se obtiene mediante un duro trabajo mental, sino que es algo que se da gratuitamente. Como la luz del sol cae libremente sobre el campo abierto, así el conocimiento del Dios santo es un don gratuito para los hombres que están abiertos a recibirlo.

Pero este conocimiento es difícil porque hay condiciones que cumplir y la naturaleza obstinada del hombre caído no las acepta bien.

Permítanme presentarles un breve resumen de estas condiciones, tal como las enseña la Biblia y las han repetido a través de los siglos los santos más santos y dulces que el mundo haya conocido:

En primer lugar, debemos abandonar nuestros pecados. La creencia de que un Dios santo no puede ser conocido por hombres de vidas malvadas confirmadas no es nueva en la religión cristiana. El libro hebreo, La Sabiduría de Salomón, que antecede al cristianismo por muchos años, tiene el siguiente pasaje: "Amad la justicia, vosotros que sois jueces de la tierra; pensad en el Señor con buen corazón, y con sencillez de corazón

buscadlo. Porque él será hallado de los que no lo tientan; y se muestra a los que no desconfían de él. Porque los pensamientos perversos se apartan de Dios, y su poder, cuando es probado, reprende a los insensatos. Porque al alma maliciosa no entrará la sabiduría; ni morará en el cuerpo que está sujeto al pecado. Porque el Espíritu Santo de disciplina huirá del engaño, y apartará de sí los pensamientos sin entendimiento, y no permanecerá cuando entre la injusticia". Este mismo pensamiento se encuentra en varios dichos a lo largo de las Escrituras inspiradas, siendo probablemente las más conocidas las palabras de Cristo: "Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios."

En segundo lugar, debe haber una entrega total de toda la vida a Cristo en la fe. Esto es lo que significa "creer en Cristo". Implica una adhesión volitiva y emocional a Él, acompañada del firme propósito de obedecerle en todas las cosas. Esto requiere que guardemos Sus mandamientos, llevemos nuestra cruz y amemos a Dios y a nuestros semejantes.

En tercer lugar, debemos reconocer que hemos muerto al pecado y que estamos vivos para Dios en Cristo Jesús, seguido de una apertura de toda la personalidad a la afluencia del Espíritu Santo. Luego debemos practicar la autodisciplina necesaria para andar en el Espíritu y pisotear los deseos de la carne.

Cuarto, debemos repudiar audazmente los valores baratos del mundo caído y desprendernos completamente en espíritu de todo aquello en lo que los hombres incrédulos ponen sus corazones, permitiéndonos sólo los más simples goces de la naturaleza que Dios ha concedido por igual a justos e injustos.

En quinto lugar, debemos practicar el arte de la meditación larga y amorosa sobre la majestad de Dios. Esto requerirá algún esfuerzo, porque el concepto de majestad casi ha desaparecido de la raza humana. El punto central del interés del hombre es ahora él mismo. El humanismo, en sus diversas formas, ha desplazado a la teología como clave para la comprensión de la vida. Cuando el poeta del siglo XIX Swinburne escribió: "¡Gloria al hombre en las alturas! porque el hombre es el amo de las cosas", dio al mundo moderno su nuevo Te Deum. Todo esto debe invertirse mediante un acto deliberado de la voluntad y mantenerse así mediante un paciente esfuerzo de la mente.

Dios es una Persona y puede ser conocido en grados crecientes de conocimiento íntimo a medida que preparamos nuestros corazones para la maravilla. Puede que sea necesario que modifiquemos nuestras creencias anteriores sobre Dios a medida que la gloria que doran las Sagradas Escrituras amanece sobre nuestra vida interior. Puede que también necesitemos romper tranquila y amablemente con el textualismo sin vida que prevalece entre las iglesias evangélicas, y protestar contra el carácter frívolo de mucho de lo que pasa por cristianismo entre nosotros. Con esto podemos perder amigos y ganar una reputación pasajera de ser más santos que tú; pero ningún hombre que permita que la expectativa de consecuencias desagradables le influya en un asunto como éste es apto para el reino de Dios.

Sexto, a medida que el conocimiento de Dios se hace más maravilloso, se hará imperativo para nosotros un mayor servicio a nuestros semejantes. Este bendito conocimiento no nos ha sido dado para que lo disfrutemos egoístamente. Cuanto más perfectamente conozcamos a Dios, más sentiremos el deseo de traducir el nuevo conocimiento en obras de misericordia hacia la humanidad que sufre. El Dios que nos lo ha dado todo, seguirá dándolo todo a través de nosotros, a medida que le vayamos conociendo mejor.

Hasta ahora hemos considerado la relación personal del individuo con Dios, pero como el unguento de la mano derecha de un hombre, que por su fragancia "se delata a sí mismo", cualquier conocimiento intensificado de Dios pronto empezará a afectar a los que nos rodean en la comunidad cristiana. Y debemos procurar compartir nuestra luz creciente con los demás miembros de la casa de Dios.

La mejor manera de lograrlo es mantener la majestad de Dios en el centro de todos nuestros servicios públicos. No sólo nuestras oraciones privadas deben estar llenas de Dios, sino que nuestro testimonio, nuestros cantos, nuestra predicación y nuestros escritos deben centrarse en la Persona de nuestro santo, santo Señor y ensalzar continuamente la grandeza de Su dignidad y poder. Hay un Dios glorificado Hombre a la derecha de la Majestad en el cielo representándonos fielmente allí. Hemos sido dejados por un tiempo entre los hombres; representémosle fielmente aquí.